

Segunda carta abierta al pueblo de Maranatha

(Asumir el conflicto)

Después de escribir una primera carta a causa de la controversia que actualmente agita al pueblo de Maranatha, algunas personas me apremian a que siga escribiendo y aclarando lo más posible mi postura. Unas lo hacen desde la necesidad de formular mejor cosas que sienten y no saben ponerle palabras, guiadas, al parecer, por la sana intención de llegar hasta el fondo de un conflicto que lo ven desde la fe y lo entienden desde el Señor. A éstas, la situación actual, aunque les haga sufrir, les está ayudando mucho porque definen la crisis presente como una crisis de crecimiento y fidelidad.

Otras personas, sin embargo, sufren más de lo conveniente y siguen repartiendo culpabilidades y buscando culpables. Ponen el énfasis en la razón, piensan en un complot, vislumbran por doquier malas intenciones y no aceptan ni quieren asumir los hechos. Muchas de estas últimas se sienten defraudadas. Algunas me han escrito personalizando esta frustración y echándome la culpa de lo que ha pasado. Según ellas, yo tenía que haber parado toda esta movida para evitar la discrepancia o, al menos, para que no fuera a más. Piensan que todo es un problema de desobediencia y de exaltaciones idolátricas, si bien alguna de ellas me ha llegado a confesar que se siente perdida al no poder entender mi postura.

Me apena que estas personas no profundicen un poco más y que no se den cuenta de que nos estamos jugando la predicación de la gratuidad y con ello la identidad más profunda de este pueblo y el esfuerzo espiritual que nos ha costado descubrir vivencialmente a Jesucristo. No se dan cuenta también de que están a punto de desperdiciar un gran paso del Señor por nuestro grupo. No es tan sencillo lo que está sucediendo como para arreglarlo con un decreto o con la influencia de la autoridad moral que me conceden. Hay problemas de fondo muy reales. Ser carismático a todo el mundo le ha costado mucho y se ha tenido que enfrentar personalmente con

muchos inconvenientes. Cada uno de nosotros tiene su conciencia personal y su responsabilidad propia; además, en la Renovación, podemos hablar en primera persona porque, de hecho, todos tenemos un testimonio de vida que podemos contar a los demás. Ese testimonio nos hace adultos en la fe y, llegados al nivel de la gratuidad, mucho más. El que puede dar un testimonio de cambio en su vida es que ha escuchado personalmente la voz del Señor. No somos un atajo de gregarios sugestionados por una gran personalidad sino que pertenecemos a un pueblo de altísima calidad espiritual tanto personal como comunitaria.

Cada carismático, pues, es una persona elegida individualmente por Dios, con responsabilidad propia, aunque seamos llamados a vivir esta elección en comunidad o pueblo. La Efusión del Espíritu en la Renovación nos eleva a la dimensión del don, es decir, a una dimensión mística en la que ya no actuamos por simples conjeturas y cálculos racionales, por muy teológicos que sean, sino que caminamos bajo el predominio de los dones y carismas del Espíritu que nos constituye como pueblo renovado. Este hecho no nos lo podemos negar los unos a los otros con nuestras críticas porque nos constituiríamos en jueces y le robaríamos al Señor la obra que hace en los hijos que él ha elegido. Que nadie sea tan fatuo que se crea que Dios piensa como piensa él. Dios no da la razón a ninguno de nosotros ni a ninguna de las partes porque todos actuamos desde el pecado y desde nuestra estrechez humana. Me parece muy grave que haya gente que piense que sólo él y su grupo tiene la razón; pienso que no están entendiendo nada.

Yo creo que la crisis actual es muy importante y muy necesaria para nuestro crecimiento. Los directores espirituales conocen muy bien esta dialéctica y modo de obrar del Señor. El sufrimiento que produce la crisis es, a veces, como un chivato o lucecita de alarma que se enciende indicando que algo no va bien pero, en otras ocasiones, señala el momento de un cambio cualitativo, un salto hacia arriba. Lo grave sería no aceptarlo y seguir adelante como si no ocurriera nada. Debido a ello creo que es necesario desculpabilizar la crisis y no hacer tragedia creyendo que estamos abocados al fin. Nada de eso. Todo lo que se nos da es gratuito, pero la experiencia nos dice que hay que pagar un precio muy caro para mantenernos fieles a lo recibido. Como no estamos a la altura necesitamos determinadas crisis de crecimiento. Maranatha es un pueblo de alta vida espiritual, crecida y prolongada durante decenios, y está claro que a más vida cristiana mayor costo de sufrimiento por nuestra condición de pecadores. *Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones* (2 Tim 3, 12). La consecuencia más práctica y más

sabia de todo esto es pensar que ninguna de las partes tiene la razón y que, llegados a un punto, no nos podemos eternizar en la búsqueda de causas, responsabilidades y explicaciones

Lo importante es reconocer nuestra pobreza y actuar desde ahí aceptando nuestra condición de seres pobres e incapacitados para llevar adelante la obra del Señor. Las diversas crisis a lo largo del tiempo irán destruyendo nuestras seguridades y nos irán haciendo crecer. El sufrimiento puede ser la alarma que nos hace tomar conciencia de la verdadera realidad. Lo que Dios quiere hacer con el grupo de Maranatha y con toda la Renovación dista mil leguas de lo que cualquiera de nosotros pueda pensar. Es necesario, por tanto, que desaparezca de entre nosotros todo ataque de ansiedad y el deseo compulsivo de que todo se arregle rápidamente. Hoy por hoy no es bueno que se arreglen las cosas en Maranatha porque no estamos aún en la humildad sino en la tensión.

En efecto, demos tiempo al tiempo o, mejor, dejemos al Señor que actúe y nos vaya sanando y colocando en la humildad. En nuestros grupos no pasa nada porque estemos sin dirigentes un año entero. El Espíritu sabe guiarnos, pero busca nuestra docilidad. Si nos apropiamos de su gloria nos meterá siempre en una crisis tras otra. Él no quiere un pueblo de gente segura que sepa dónde tiene que ir. El crecimiento no consiste en que se arregle nada sino en que confiemos más en él. ¿Para qué queremos que se arreglen las cosas? ¿Para sentirnos de nuevo devotamente los unos junto a los otros pasando bien las tardes de los miércoles? Yo pienso que aún no hemos llegado al fondo de la prueba. Todavía hay mucho pecado. Necesitamos que se nos vaya el suelo de debajo de los pies, necesitamos convencernos de que es imposible el arreglo, de que somos distintos y no podemos convivir. Necesitamos que la confrontación llegue hasta no poder casi ni saludarnos, hasta que surjan odios dentro de nosotros, hasta desear no ver más a ciertas personas, hasta temblar al bajar las escaleras hacia el grupo. Cuanto más abajo lleguemos en la conciencia del pecado más sinceridad habrá y más posibilidades de que el Señor haga su obra. Existe, claro está, la posibilidad de que algunos se ahoguen, de que se endurezcan y de que deserten, se vayan y no quieran saber más de nada. No le deseo a nadie esto porque, caídos de tan gran altura, serán un alimento exquisito para los chacales.

La conciencia del pecado a la que me refiero es la mía, la de mi propio pecado y a la vez la del pecado comunitario. El que no llegue a sentirse acusado por la crisis no contribuirá a la salida; al contrario, retardará y estorbará todo arreglo. La salida de la crisis nunca sucederá dando la razón a unos y quitándosela a los otros. Todos somos

suficientemente pecadores para que Dios no nos dé nunca la razón. La salida de la crisis sólo puede ser hacia arriba, hacia un nuevo punto de convergencia donde sea posible de nuevo el amor entre nosotros. Por cierto, un amor mucho más puro. La convergencia tiene que darse en Jesucristo, en un conocimiento más limpio, más puro y menos interesado de él. Para eso necesitamos ser depurados y expropiados de muchos de nuestros protagonismos. La razón más profunda de la crisis la explican bien las palabras de Pablo cuando dice: *Todo lo estimo pérdida y basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús*. Esto lo dice Pablo en Filipenses 3, 8, en una controversia mucho más dura que la nuestra con los judaizantes. Después de enumerar sus méritos delante de Dios y de sus opositores, añade: *Pero lo que era para mí ganancia ahora lo estimo pérdida a causa de Cristo*. Entre nosotros nadie es acreedor de ningún mérito porque la gloria sólo le pertenece a Él. Nos basta con haber recibido gratuitamente todo lo que somos.

Una cosa que debemos tener en cuenta es que el demonio existe y no está nada interesado en que se arregle el problema de Maranatha. Siendo esto así la tentación está clara y te la iluminará con luz potente: “Tengo razón”. Te buscará mil argumentos perfectamente racionales para que tú veas que tienes razón y que no puedes ceder. Incluso te dirá que si cedes vas contra Dios y no cumples con tu deber. Bajo la tentación te sentirás víctima de la malicia de los demás, clamarás contra la injusticia. Nunca te dirá que te estás buscando a ti mismo y que te estás volviendo ciego. Toda tu argumentación se irá separando de Jesucristo, que fue sometido a toda injusticia, y no te darás ni cuenta porque te apoyarás en otras cosas que tú sacralizas, como son el pueblo, la obediencia, la responsabilidad. ¿Quién es capaz de exigir para sí derechos desde Jesucristo? Aunque tengas toda la razón del mundo, ¿para qué te sirve si te separa de Jesucristo? El tentador hará todo lo posible para hacerte santo según tu justicia, con tal de que no lo seas con la que nos viene gratuitamente por Jesucristo.

A estos niveles se juegan las cosas entre nosotros. El tentador no te va a inducir a faltar a la castidad, a la gula o a alguna soberbia u orgullo grosero o barriobajero. No le interesa para nada tu moral. La lucha moral se juega en los niveles más carnales y primitivos de la vida y sólo pueden hacer un daño muy relativo. Según el lenguaje de Santa Teresa, estas tentaciones son propias de las primeras y más bajas moradas. De la quinta morada para arriba el tentador utiliza otros disfraces bien distintos. No debemos, pues, olvidar el nivel donde se desarrolla esta crisis ni la amplia cabida que en él tienen el demonio y sus insidias. Los máximos

protagonistas de esta crisis, seamos del bando que seamos, hemos recibido la Efusión del Espíritu Santo y se ha demostrado durante muchos años que el Espíritu nos ha hecho vivir a nivel del don. Desde esta plataforma pueden ser irradiados grandes beneficios y bendiciones para la Iglesia con el desarrollo de diversos carismas a los que el demonio tiene un miedo cerval.

Los carismas son manifestaciones del Espíritu bueno, que es el Espíritu de Dios que nos viene por Jesucristo. La pelea que el Maligno entabla contra esos carismas es, a veces, personal y casi física, como se muestra en la vida de los santos. No tenemos derecho a eliminar de un plumazo la obra que el Señor ha hecho en nosotros durante muchos años. Debemos estar muy atentos a esa posibilidad porque el demonio intenta hacerla realidad. No somos presumidos ni presuntuosos si decimos que en nosotros hay una alta calidad espiritual. No lo somos porque, en primer lugar, todo lo que tenemos lo hemos recibido y, en segundo lugar, porque debemos valorar la obra que se ha hecho en nosotros, no por nuestros méritos sino por don gratuito de Dios. Esa obra no redundará sólo en beneficio nuestro sino de muchos, por medio de los carismas, y a eso se opone el diablo con todas sus fuerzas. Es por una elección gratuita a la que Dios tiene todo el derecho. *No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo a vosotros y os he destinado a que vayáis y deis fruto* (Jn 15, 16). Nosotros no podemos crecer ni un grado en la vida espiritual pero sí podemos echarlo todo por tierra en pocos minutos.

Hay una palabra teológica que nos advierte de ciertas posturas que parece se están dando ahora en Maranatha y que es muy propia de Satanás: **obstinación**. Se aplica sobre todo a los herejes. Nadie es hereje por decir cosas contrarias a la fe sino por defenderlas obstinadamente después de ser corregido. El que no se retracta o se convierte se pone a sí mismo como norma de la fe, se cree superior a todo y a todos, basado únicamente en su razón con lo que abre un resquicio al diablo para que se endurezca en la obstinación. Si el demonio se apodera de ese modo de una voluntad puede llegarse pronto a un punto de no retorno. Por eso es importante ser sencillos y perder lo que haya que perder con tal de no caer en la obstinación porque nos quedaríamos llenos de razones pero sin Jesucristo.

Vivimos en una sociedad en la que se tiende a soslayar y a ignorar el sufrimiento. Ya Pío XII habló de la “analgésia” como uno de los problemas de la cultura actual. No nos gustan las crisis. Por eso no podemos imaginar que Dios nos haga pasar por determinadas pruebas. Quedamos

desconcertados con mucha facilidad y no podemos ni imaginar que Dios utilice nuestras pobreza para nuestro crecimiento. Yo veo que hay mucha gente que se escandaliza de lo que está pasando en Maranatha, sin percatarse de la cantidad de soberbia que se esconde bajo su postura. Esta gente es adicta a un cierto tipo de espiritualismo angelical sin asumir nunca un verdadero compromiso de encarnación. Si Jesucristo se hubiera escandalizado de nosotros nunca nos hubiera redimido; él, sin embargo, asumió nuestra encarnación hasta el fondo.

En Maranatha se ha predicado mucho sobre la gratuidad y ese tema ha encandilado a muchos. Ahora bien, la gratuidad no puede darse sin su correlato, que es absolutamente necesario para que pueda existir. El correlato de la gratuidad es la pobreza de nuestra encarnación y de nuestro pecado. La gratuidad no tiene sentido con los ricos, sólo en los pobres cobra su plenitud. Entre nosotros tenemos un ejemplo eximio de lo que estoy diciendo: Pedro Reyero. Este hombre, columna de la espiritualidad de Maranatha, entendió como nadie desde su propia vida la verdad de la encarnación. La vida le llevó por caminos de honda pobreza y depresión y cuando llegó el momento de desesperarse ante el fracaso total, el Señor gratuitamente lo sacó de su destructora impotencia. Pues bien, durante 17 años esta experiencia fue la que predicó en nuestro pueblo, un pueblo que se articuló en la profunda verdad de esta doctrina.

Al mes de morir Pedro, yo había terminado un libro sobre su vida, vivencia y predicación y, con gran sorpresa mía, constaté que en Maranatha y en otros lugares no se aceptaba, de parte de algunos, la tesis de la pobreza de Pedro. Me encontré con gente que apenas le había conocido unos años y que lo habían idealizado, rechazando con cierta dureza mi visión de Pedro porque lo creían un supermán. Evidentemente esta gente no tuvo que soportar los largos y duros años de la pobreza de Pedro. Lo amaban tanto que destruyeron la obra de Dios en él. Sin embargo, Pedro fue grande porque Dios lo amó en su pobreza e impotencia. Tan hondamente lo vivió que es suya la frase en la que nos amonesta que fuera de la encarnación todo es frivolidad.

Esta frivolidad es la que yo no quiero que se apodere de Maranatha. Vivir un error o un extravío con certeza nos saca de lo real. No podemos ver los toros desde la barrera que nosotros nos hemos montado sino que tenemos que ser actores implicados en el ruedo del realismo. La gratuidad sin pobreza y encarnación es un espiritualismo vacío que no lleva a ninguna parte. Esta desviación todavía está hoy viva en nuestro grupo y en los años pasados ha producido desajustes. No es momento de profundizar en ello pero sí quiero decir que desde la muerte de Pedro el tema de la

gratuidad se ha infravalorado hasta el punto de que ahora para muchos ha quedado reducido a simples palabras y, tal vez, a recuerdos gratos pero sin contenidos. Quitarle a Pedro la pobreza es vaciar toda su predicación. De ahí que los que le han quitado a Pedro la pobreza no sientan urgencia ni echen de menos la falta de una predicación sobre la gratuidad. Si levantara la cabeza daría un grito hasta los confines de la tierra. Además, cuando la gratuidad no incide sobre la encarnación no hay sanación de la vida y corremos el peligro de llevar al grupo todo nuestro fardo, no sanado por el Espíritu, cargándolo sobre las espaldas de los demás.

Como digo, no es momento de profundizar en estos temas para no herir a nadie, pero si es cierto este diagnóstico, no va a ser nada fácil salir de este atolladero, porque ya no se trata de corregir unos comportamientos sino que son temas de fondo. En esto sí que es necesario un diálogo abierto y desapasionado si realmente queremos que la obra del Señor y nuestro pueblo de Maranatha siga adelante y lleve a feliz término aquello para lo que fue suscitada. Desde aquí yo me ofrezco con todo cariño a abrir este diálogo con una serie de personas implicadas que podría perfectamente citar con nombres y apellidos. Quizás tengamos muchos la necesidad de volver al principio y, desde un corazón desnudo de tantos años de historia, hacer de nuevo el Seminario como lo hacen los recién llegados.

Hace poco hice algo que no acostumbro: ver una película. Se trata de una producción danesa que fue óscar a la mejor película extranjera allá por el año 1987. Se titula “El festín de Babette”. Nos cuenta la historia de una comunidad reformada de la rama de Melanchthon, discípulo de Lutero. Fue fundada en gratuidad, como corresponde a la teología de dichas iglesias, por un venerable pastor muy venerado por sus fieles. Entre estos destacan dos bellísimas hijas de tal pastor. Poco a poco la comunidad se fue encerrando en sí misma desde la autocomplacencia. Varios pretendientes de las hijas del pastor fueron rechazados con displicencia. En algún momento, que no se señala en el film, perdieron la gratuidad y comenzaron a sostenerse en sus propias leyes y obras. Desapareció de entre ellos la experiencia salvífica y se fueron endureciendo, brotando las riquezas personales, si bien seguían cantando, ensayando y cumpliendo las normas. Se les fue la alegría de vivir y el encanto por las cosas, cayendo, sin darse cuenta, en un grave rigorismo hacia fuera y hacia dentro. A la vez que lo cumplían todo a rajatabla comenzaron a insultarse y a endurecer las relaciones entre ellos sin perder el puritanismo ritual.

Llegó a la aldea una mujer francesa expulsada de París por la revolución. Con muchas dificultades fue aceptada como criada por las ya envejecidas hijas del pastor. De ese modo pasaron bastantes años muy anodinos mientras que en la comunidad, en vez de sanarse y dulcificarse, las relaciones se fueron endureciendo y perdiendo flexibilidad. Parecía abocada a la desaparición. Una noticia conmocionó la aldea: a la francesa le había tocado la lotería en su país natal. Todos creyeron que la mujer volvería rápidamente a su tierra. Pero no fue así. Por el contrario, invitó a toda la comunidad a una gran cena para conmemorar los cien años del pastor ya fallecido. Los miembros de dicha comunidad se escandalizaron y no querían aceptar la invitación. Les parecía un atentado contra sus normas y cumplimientos puritanos. A pesar de llevar conviviendo 14 años consideraban a la extranjera como ajena a la gracia de Dios por ser papista. Al fin aceptaron la invitación para no ser ineducados pero juramentándose de que en ningún momento se sentirían a gusto ni alabarían ninguno de los alimentos y obsequios de los que fueran objeto.

Comenzó el festín. Entre ellos había un militar, que supo valorar la cena guisada y servida por la propia mujer francesa, ya que en sus buenos tiempos había estado en París y probado tales exquisiteces. Se hacía lenguas del refinamiento de los manjares y de la bondad de los vinos, mientras el resto de comensales fruncía el ceño. Poco a poco, sin embargo, el vino y el ambiente pudieron con el puritanismo de los endurecidos reformados. Empezaron a sonreír, a tratarse bien y a perdonarse, de tal modo que todo terminó maravillosamente y se salvó la comunidad. Dejaron de fijarse en sus pobreza y brotó de nuevo la misericordia.

Al término de la película no pude dejar de pensar en nuestro pueblo de Maranatha. Evidentemente a esta gente les faltaban dos cosas muy propias del catolicismo o, como decían ellos, de los papistas, representados allí por la mujer francesa: La eucaristía y la confesión. Evidentemente, nosotros no somos luteranos y no carecemos de la confesión y del festín de la eucaristía que realiza la comunidad. Sin embargo, la deriva de los acontecimientos puede conducirnos a las mismas rigideces vacías que se nos narran en el film. Estamos en cuaresma y no estaría nada mal que todos, todos los que quieran llevar adelante a este pueblo, pasemos por una buena y sincera confesión. No una confesión general sino específica, es decir, con la entrega de todo aquello de lo que nos hemos apropiado. Maranatha sólo le pertenece al Señor.

En segundo lugar, veo como muy necesario dejarnos sanar por las eucaristías. El poder celebrar eucaristías en nuestro grupo es una gracia inmensa de Dios. ¡Hemos celebrado tantas y nos han hecho tanto bien! Si

el Espíritu Santo estuvo con los luteranos y, al fin, después de tantos avatares, salvó su comunidad, mucho más la nuestra teniendo como tenemos en plenitud los cauces sacramentales de la gracia. Creo sinceramente que no se ha extinguido el amor y el cariño entre nosotros. En mí, al menos, no se ha extinguido y eso es lo que percibo en otras personas que están cerca de mí, aún entre las más destacadas por su beligerancia. Nada se ha perdido. Lo que es necesario es dejarnos corregir, eso sí, desde la buena voluntad y humildad de corazón.

Termino esta carta con otro pequeño apunte. Santa Catalina de Sena, cien años después de la fundación de los Dominicos, Orden a la que ella pertenecía, criticó duramente la situación a la que había llegado dicha Orden en su tiempo. Resumió toda su crítica en una palabra: engordar. La Orden había engordado, se había llenado de follaje, de leyes, de trabas, de tradiciones. Había perdido la libertad, la agilidad y soltura de los primeros tiempos. Ya no había Espíritu, la predicación carecía de contenidos, los frailes, sin celo apostólico, vivían engordando tranquilamente en los conventos. Habían perdido todo compromiso y amor a las almas. Según Catalina, que era una jovencita iletrada y analfabeta, hasta el estudio había decaído peligrosamente en la Orden. Ya no había teólogos, ni nadie se preocupaba por fundamentar la fe en las nuevas situaciones sociales que iban surgiendo.

En todas las obras nacidas del Espíritu el peligro está ahí latente. La primera generación lo mantiene bastante bien, en la segunda pierde fuerza y, en la tercera, lo que fue avivamiento y corriente de gracia poderosa, vegeta en el amuermamiento. Yo creo que Maranatha y la Renovación carismática tienen aún suficiente fuerza para considerarse de primera época. Yo así lo siento. Ahora bien, el peligro está ahí. El día en que decaiga entre nosotros la gratuidad comenzaremos a engordar y a llenarnos de follaje, de trabas, de ordenaciones y de discernimientos. Cada uno se irá posesionando de una parcela y, si sobrevivimos, no será desde el Espíritu sino, a lo máximo, desde una coexistencia pacífica pero sin amor. Dios no nos retirará el don pero seremos nosotros los que le ahogaremos. Los Dominicos, después de Catalina, han sobrevivido setecientos años más, hasta hoy mismo. Creo que con grandes frutos, pero nacidos de continuas crisis, muertes y resurrecciones.

Maranatha está hoy engordando a ojos vistas. Cualquier pobre o persona nueva que entre se verá pronto enfrentada a un patrimonio que hay que conservar a toda costa. Dentro de poco ese patrimonio será una

tradición inamovible. Al principio, la Renovación era hogar de acogida para todos los pobres y disminuidos porque era el único lugar donde se les aceptaba y donde podían hablar y ser tal como eran. Si seguimos engordando pronto nos trasformaremos en élite donde sólo quepan los que no estorben. Nos habremos quedado sin pobres o, si persevera alguno, no tendrá ni voz ni voto.

Me duele mucho que en Maranatha no haya jóvenes. Algunos que acuden a los seminarios desaparecen pronto. Yo sé que los jóvenes de hoy viven sumergidos en una subcultura que se ha hecho casi impermeable para la religión. Por esa misma razón, los jóvenes se han convertido en los seres más pobres entre todos los pobres. Por una parte son sobrevalorados por sus habilidades técnicas pero, por otra, se les cierra la vida con una falta de esperanza motivadora que les encierra en una endogamia de botellón sin horizontes. Debemos crear en nuestros grupos un mundo de gratuidad, libertad y anchura donde quepan los que quieran liberarse de esa asfixia.

Marzo 2009

Chus Villarroel O.P.